

Valle-Inclán en la Habana

Así como en la antigüedad las embarcaciones que venían de Ofir eran esperadas en los pueblos del Oriente con fruición, porque ellas traían oro y piedras preciosas, de igual manera esperábamos nosotros el arribo a nuestro puerto, del Oriadna, porque nos había de traer ese tesoro intelectual y artístico, que se nombra don Ramón María del Valle-Inclán.

El barco en cuestión entró como a las nueve de la mañana de ayer, y a las once ya estaba el «Marqués de Bradomín» en el Hotel Florida, acompañado por unos pocos periodistas, admiradores unos del talento de tan preclaro escritor, en el deber de la profesión informativa los otros.

Es lamentable que no hayan ido a recibir a esta gloria española ni representación de la colonia hispana en esta ciudad, ni los literatos de significación aquí. Pero así están las cosas...

Después de saludar a ese mago de la prosa castellana de la generación novecentista, logramos hacerle una breve entrevista, no sólo porque don Ramón era muy asediado, sino porque en medio de la interesante conversación se presentó de pronto un empleado del Consulado hispano en ésta, dándole recado de que lo esperaban para almorzar, y no quisimos distraer por más tiempo su atención.

Vamos a relatar suscitadamente lo que nos dijo el creador de tanta belleza literaria, el insuperable artista gallego.

El no estaba en Madrid cuando supo la agradable noticia de que la Universidad Nacional y el Gobierno de México lo invitaban como huésped de honor a la celebración del Centenario de la Independencia mexicana. Alfonso Reyes, el valioso publicista mexicano, le envió la noticia al campo. Aceptó agradecido, y no tuvo más que el tiempo indispensable para tomar el vapor en La Coruña y salir rumbo a la América Española.

Dice don Ramón que se alegró infinito de que esta vez lo invitaran directamente y no por conducto de su Gobierno, pues cierta vez le ocurrió con el Gobierno belga el que, por indicación de Verhaeren, lo invitó para pronunciar algunas conferencias en español acerca del notable pintor Darío Regollos, y mientras se corrían los trámites legales, cuando llegó a Bélgica fué tarde...

De la generación novecentista para acá son pocos los valores intelectuales nuevos de significación. Siguen los mismos valores en alza: Unamuno, Azorín, Araquistain, Baroja, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y ahora

Pérez de Ayala. Hay alguno que otro joven que promete y desea llegar...

Valle-Inclán desconoce la Academia de la Lengua Castellana. Sabe que la preside Maura, y de seguro que «deben hablar en chino»...

Alguien enunció que venía Benavente con la Xirgu a dar conferencias.

—¿Para qué, si Benavente no tiene voz?

Es un gran admirador de Rubén Darío, a quien lo cree la cumbre más alta de la lírica ibero-americana, espíritu renovador, artista y creador por excelencia. De paso mencionó a Martí y a Casal, a quienes también tenía en mucha estima como espíritus selectos.

Don Ramón cree que la manera más firme y segura para el intercambio intelectual, para el comercio de ideas entre España y estas repúblicas de origen latino, es la de que los autores de ambos mundos viajen. Los escritores de allá deben darse a conocer en estos países, y los de acá en el viejo solar hispano. Las propagandas de casas editoras y las instituciones que se forman al efecto, nunca dan el resultado apetecido, si los autores no se dan a conocer personalmente.

De México va hacia los Estados Unidos a celebrar un contrato con una gran casa editorial norteamericana que traducirá sus obras y a expandirlas en inglés por los cuarenta y nueve Estados de la Unión. Allí no dará ninguna conferencia, no quiere en eso parecerse a Blasco Ibáñez.

No tiene predilección por ninguna de sus obras. Las quiere a todas como hijas de su espíritu, habrá alguna que

pueda tener su pequeña deformidad, pero son sus hijas...

Casi nos confirmó que él era el «Marqués de Bradomín», por lo menos tiene mucho de su temperamento y es la creación que ha perfilado con más cariño.

De la guerra de Melilla dijo que terminará cuando los actuales tenientes lleguen a Coroneles...

Con ésta son dos veces que ha estado en Cuba, es decir en la Habana. Y después de su viaje a los Estados Unidos volverá por aquí, con más despacio.

Es cautivante el verbo de Valle-Inclán. Es un narrador exquisito. Se expresa con mucha facilidad y sin esfuerzo alguno. Por el «ceceo» y la viveza de imaginación parece más bien andaluz que gallego. Cuando habla no gusta de oírse. No es un «forjador» de frases. Ni lapidarista ni preciosista, si bien su palabra es brillante y perfumada como los nardos de su prosa.

Nosotros hacíamos a Valle-Inclán un poco más «viejo» y algo enclaustrado en su celda de monje místico. Nos sorprendió vistiendo elegantemente, a la moderna, y hasta con zapatos pintorescos. Es muy interesante el «Marqués de Bradomín», quien nos ha tenido cautivo de su verbo cálido durante algunas horas que fueron tan fugaces como debe durar la alegría en las almas eternamente tristes...

Por mucho tiempo sentiremos la nostalgia de tan exquisito narrador, a quien le deseamos una feliz travesía y lo estimulamos para que no eche en olvido la promesa que nos hizo de volver a este país en que tiene tantos devotos admiradores.

(El Mundo. Habana).

SANSON Y DALILA

IMPRESIONES DEL MAESTRO RAFAEL J. TELLO

Si se escribiera en letras de molde que el soberbio drama lírico de Camilo Saint Saéns es una obra clásica, más de algún desconfiado torcería el gesto pensando que ese género tan austero no se digna descender hasta los escenarios. Sin embargo, a pesar de todos los escepticismos, se podría asegurar, sin que ello fuera un dislate, que «Sansón y Dalila» es una obra enteramente clásica. ¿Por qué? Porque si bien no está sujeta a los cánones de una escuela definida y bien reconocida (escuela que, propiamente, no existe en la música teatral), posee en cambio muchos méritos característicos ante los cuales el auditorio experimenta la impresión de escuchar música de un autor netamente clásico. Tales méritos,

merced a los cuales «Sansón y Dalila» debe calificarse como una obra maestra, y entre otros mil que posee la bellísima ópera, son la inquebrantable solidez de su estructura; la belleza de su forma en la cual la tendencia moderna corre parejas con la más grande pureza clásica; la nobleza de la declamación unida al sentido melódico más refinado y más exquisito; la elevación del pensamiento musical; el esplendor de la orquesta; la magistral ciencia y la ingeniosidad incisiva de la armonización; en fin, el admirable manejo de las voces, pero, sobre todo, el sapientísimo de la técnica de la composición, que es lo que más influye en mi ánimo para llamar «obra clásica» al «Sansón».

Algunos críticos, entre los cuales se